

Y en la sombra vendido, de puntillas,
Da a su junco la medialuna, fiera,
Y a la muerte su gracia de rodillas.

Tienen un gusto muy especial, una densa y revuelta realidad, los tercetos de Rafael Alberti después de este libro.

El arte del toreo tiene dudoso porvenir, no se sabe que harán de él las posibles jerarquía que imperen en España algún tiempo más. Resulta, entonces, doblemente interesante la vida de este pequeño y frenético sevillano de la Calle ancha de la Feria que lidiaba mejor el último toro buen mozo que le echaban al ruedo cuando, el sol dejaba la arena y pintaba solamente los tendidos, cuando un lento cansancio desviaba la mirada de sus paisanos.

Entonces él —Juan— convertía la lasitud en ensordecedora gritería, y la faena mediana en tarde de triunfo, por la virtud de alguna ceñida media verónica.



PASAPORTES FALSOS, por *Charles Plisnier*.

El premio Goncourt ha venido nuevamente a favorecer a una novela del anarquismo. Nos parece «Pasaportes Falsos» una novela menor que la de Malraux». «La Condición Humana» es la revolución china en panorama, un cuadro desde altura donde los colores más vivos son, a veces, algunos chinos, una ruso-alemana, un occidental decadente; todos ellos contribuyendo con su lastre subjetivo a la totalidad del cuadro sangriento, condicionados por él, absorbidos. La entraña del libro es impersonal: la revolución y su avalancha.

Malraux se asoma a las conflagraciones para destacar los tipos en que el fenómeno a describir se espesa hasta destrozarnos y los deseos privados, casi siempre los mejores, se ahogan en

un grito imposible y enclenque ante el frenesí de un destino colectivo.

Charles Plisnier ha compuesto un libro en el cual la más alta cualidad es la revelación de toda la mecánica de las asociaciones secretas del anarquismo europeo de post-guerra. Charles Plisnier ha reparado en la vida privada de los anarquistas, en su gestación interior.

El primer relato, y mejor del libro, revela muy bien esta tendencia del novelista francés, para la cual posee gran sutileza.

¿Cómo una muchacha española de gran posición social, andaluza, desarraigada en la metrópoli, dueña de vastos campos que conoce apenas, de alguna belleza, culta, puede esgrimir audazmente el arma revolucionaria que la destituye?

¿Es posible la sinceridad en una lucha que constituye para ella el punto final de una vida, de una cultura en etapa tardía, regalada, refinada desde la sangre?

«¿Tengo yo algo de común con estos hombres sucios, toscos, morenos?», se pregunta.

¿Es posible tal negación de una categoría irremediable del ser y del sentir?

Es posible...

Pero la amputación es dolorosa, el esfuerzo consciente. La gente que crea el mañana recibe de sí mismo la norma, el sentido; naturalmente, sin amputaciones heroicas.

Charles Plisnier percibe la lucha de esta muchacha que quiere vivir las posibles justicias e igualdades del porvenir y no los seductores y tibios errores de su tiempo.

Plisnier concluye en el fracaso de la revolución desde arriba, expone los obstáculos ocultos e insalvables del arribista de la miseria. La muchacha vive el difícil amor de Santiago Maurer, el duro y convencional anarquista, asesino del gobernador de Sevilla. Desterrada con Maure en Bélgica, vive pobre . . . , añora su casa de San Sebastián en junio, sus campos españoles, el tennis de puerta del fierro en Madrid e inicia el retorno decepcionada

de sí misma, jubilosa. Maurer sigue recto y obscuro como un túnel, no la odia, la compadece.

«Ha llegado la República—dice escuetamente—ahora comienza la revolución. ¿Es una novela de tesis? Sí. Una buena novela de tesis. Existen, sin embargo relatos como el segundo que revelan en Plisnier cierta irregularidad. El problema de ese anarquista es el de algún personaje de Dostoiewski, cosa que no tendría nada de extraño, si no estuviese tratado en un estilo efectista, saturado de agonías románticas, falsamente fatalista.

Porque un anarquista no puede ser un hombre que piensa en un extremo de Europa en la problemática existencia de aquel par de senos rotundos que vió a su correligionaria de Bucarest.

Constantemente aparecen infusorios de esta naturaleza en el libro que le restan crudeza de emoción y hombría.

La novela de Charles Plisnier—premio Goncourt—es en la literatura un verdadero pasaporte falso.—FERNANDO URIARTE.



DAS BILD DES MENSCHEN BEI ORTEGA Y GASSET UND SEINE BEZIEHUNG ZUR ERZIEHUNGSWISSENSCHAFT. (La imagen del hombre en Ortega y su relación con la ciencia de la educación), por *H. Díaz Casanueva*.—Ediciones Noske, Leipzig, 1938.

Acaba de publicarse en Alemania este trabajo doctoral que ha sido considerado como la mejor obra sistemática sobre el pensador español. En efecto, fuera de los sucintos trabajos de Curtius en Alemania, de García Morente, Vela y Zambrano en España, no poseemos aún una obra que estudie a fondo a Ortega y nos dé con coherencia sus doctrinas. Díaz Casanueva no sólo ha sistematizado sus observaciones sobre la filosofía orteguiana, sino que ha establecido un parangón entre ella y la filosofía existencial (Heidegger, Jaspers), la antropología filosófica (Scheler) y las filosofías de Nicolai Hartmann y Ludwig